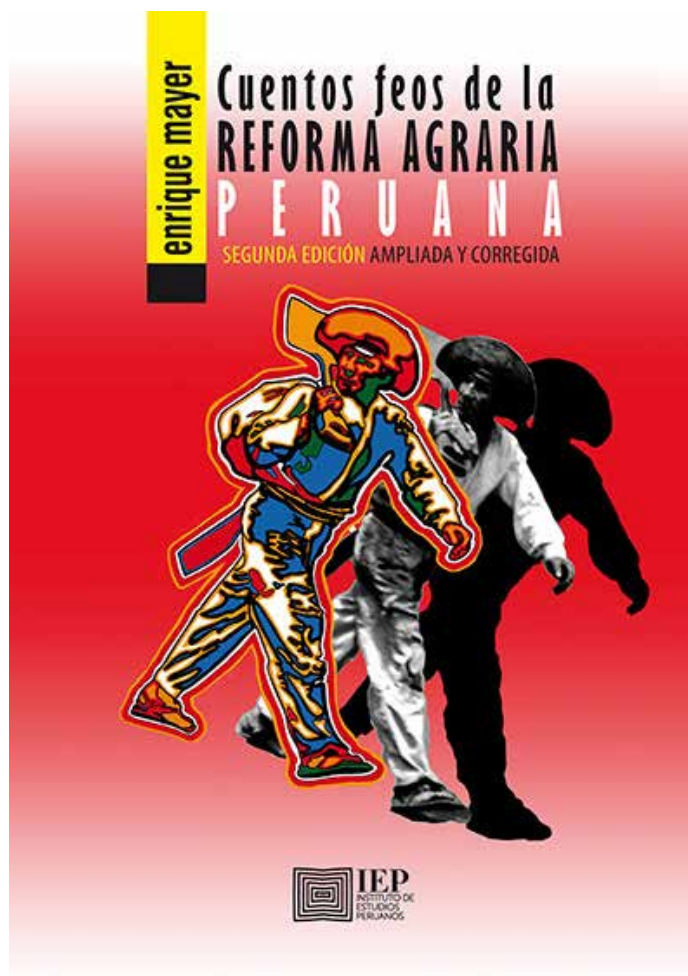


De la hacienda a la comunidad

...y al nuevo latifundio

MARÍA LUISA BURNEO



Enrique Mayer. *Cuentos feos de la Reforma Agraria peruana*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Reseña de los «Cuentos Feos de la Reforma Agraria Peruana»

Las memorias sobre la Reforma Agraria, como ha dicho más de una vez Enrique Mayer, tienen un sabor agridulce. Tienen, también, muchos personajes y matices según las historias locales donde estas van tomando forma. Desde aquellas en las que Velasco aparece como la figura heroica incuestionable, hasta aquellas de comunidades descontentas con el modelo o en las que las tomas de tierra avanzan sobre las propias Sociedades Agrícolas de Interés Social (SAIS) formadas por el régimen. La reforma es tal vez uno de los procesos de la historia reciente más complejos de reconstruir por esta diversidad de variaciones regionales y locales, personajes y memorias; pero también, por las emociones que despierta en sus protagonistas directos e indirectos. Y eso perdura hasta el día de hoy: pasiones, reproches, miedos, olvidos voluntarios y silencios.

La apuesta de Mayer, por tanto, tiene una complejidad mayor para tejer las historias que conforman el libro y siempre surgirá el cuestionamiento sobre por qué estas y no otras historias; por qué estos dirigentes o funcionarios y no otros. Es una apuesta personal, sí, pero tiene a la vez un sustento metodológico. Mayer sugiere problematizar la noción de «cuentos» y comprenderlos no solo como un conjunto de narraciones o testimonios sino como una construcción que se basa en la elaboración del antropólogo; para ello, uno de los criterios es que estas historias no sean un testimonio individual (aunque al mismo

Revista Argumentos, Edición N° 3, Año 11, 2017. 63-66
Instituto de Estudios Peruanos
 ISSN 2076-7722

tiempo lo sean), sino que sean parte de una elaboración colectiva. Es decir, se trata de historias que de alguna manera son parte de un dominio público, que cuentan al mismo tiempo otras historias, que revelan ciertos consensos y tópicos comunes. Así, la apuesta implícita en la utilización de la categoría «cuento» es que está siendo utilizada como parte de un aparato teórico, con una elaboración metodológica mayor. Se ha señalado en reseñas previas —cuando se publicó la primera edición del libro en el año 2009— que se trata de una historia parcial de la reforma. Mi impresión es que no era intención de Mayer contar una historia completa, sino de mostrar a través de estos *cuentos* algunas de las contradicciones, anhelos, victorias parciales y fracasos del proceso. ¿Qué es lo que se recuerda, se valora y se discute de la reforma? Creo que esa sería más bien la pregunta detrás de la organización de los *Cuentos feos*, seleccionados de entre más de 90 entrevistas recogidas a partir de recorrer distintos lugares del país durante más de un año.

Son varios los *cuentos* que elige Mayer para reflexionar sobre la reforma y a lo largo de ellos se sugieren temas centrales para el debate; algunos quedan, creo, mejor resueltos que otros. En el capítulo inicial dedicado al ciclo de las reformas agrarias (en plural), Mayer sugiere tres temas que, en mi lectura, resultan centrales. El primero tiene que ver con la difícil comprensión de los sistemas de tenencia de la tierra previos a la reforma que existían en el país, más allá del régimen de haciendas. Además, se había sobreestimado la cantidad de tierras en manos de las haciendas serranas —caso distinto es el de los latifundios costeros—; de hecho, José María Caballero (1980) criticaría luego las cifras del CIDA (1966) que, según señalaba, no incluyeron los sistemas comunales, no diferenciaron las áreas de pastos naturales y se basaron en un cálculo errado de las tierras disponibles en las zonas altoandinas.

Un punto importante, vinculado a lo anterior, es que al régimen velasquista no le importaba tanto la distribución entre las unidades familiares —puesto que la apuesta era la colectivización a través de la formación de las Cooperativas Agrarias de Producción (CAP) y las inmensas SAIS que agruparon a decenas e incluso centenares de unidades previas (mezclando exhaciendas y comunidades) y superponiendo distintos sistemas previos de tenencia—. No calcularon sus ideólogos lo importante y problemático que ello

podía ser para las familias campesinas. Así, en realidad no se trataba tanto de distribuir la tierra entre los campesinos —como la lectura más superficial del proceso nos puede hacer pensar— sino más bien de concentrar; los frutos se verían más bien a través de los salarios y el acceso a otros beneficios sociales. La presión sobre la tierra que se generó era grande y las diversas expectativas contenidas bajo el mismo modelo impuesto por SINAMOS crearon las primeras grietas al interior del sistema. Existió, entonces, una tensión inevitable entre el modelo que apostaba por una progresiva capitalización de las CAP y SAIS —asumiendo que el peso de las áreas colectivas primaría sobre la tendencia individual— y las expectativas de las familias de beneficiarios de tener su propia parcela tierra. Son estas las contradicciones y paradojas que se dejan entrever en los *cuentos* de diferentes regiones que nos va mostrando Mayer a partir de un conjunto variopinto de personajes.

El segundo tema que me resulta atractivo y que me parece un aspecto muy poco trabajado hasta el día de hoy, es el del rol de las comunidades campesinas en el proceso de reforma. Reconozco que por un interés académico personal, este es un tema que inevitablemente se lleva mi especial atención, aunque solo es mencionado brevemente en la primera parte del texto, y luego aparece desarrollado en el capítulo de los Héroes y Antihéroes, junto con las tomas de tierra. Sobre este punto, hay que señalar que algunos de los *cuentos* tratan más sobre el período de reestructuración que sobre la reforma misma. De igual manera, me parece sumamente relevante que las comunidades aparezcan en los relatos como haciendo su propia historia; ya sea, en algunos casos, de manera más orgánica —por su vínculo con la Confederación Campesina del Perú (CCP) u otras razones—, o a través de los grupos campesinos que luego pasarían a inscribirse como comunidades. Esta es una historia poco conocida y contada, pero que debiera contribuir a una mayor comprensión de las funciones sociopolíticas de las comunidades en esta historia, así como de la importancia de las diferencias regionales: de Piura a Puno, desde las antiguas comunidades de la costa norte con sus inmensos eriazos hasta las comunidades parceladas con escasas áreas comunales al sur, en los años que siguieron a la Reforma Agraria, estas reconfiguran la estructura de propiedad y los sistemas de tenencia de la tierra en el país. Como resume Mayer en una idea, la historia de la reforma

es también, de alguna manera, la historia «de la hacienda a la comunidad».

El tercer tema, por el lado de los latifundios costeños y las azucareras, nos lleva a otros *cuentos*, un poco más feos quizás. En esta segunda edición, Mayer nos presenta un nuevo capítulo, «Las azucareras», que constituyen un universo distinto y bastante conflictivo. Este resulta especialmente particular, debido a que los ingenios no podían dividirse y por la posterior resistencia de sus trabajadores a la disolución de las cooperativas, ciclo que termina con la privatización impuesta por el gobierno de Fujimori y el quiebre de los sindicatos azucareros. Ello contrasta con la rápida parcelación que se dio en la gran mayoría de las CAP costeñas a lo largo de una década, dando origen al minifundio —que con los años se siguió fragmentando a través de la herencia hasta llegar a los minúsculos «cantos» de tierra que vemos hoy—. Delo anterior, lo que me llama a reflexión es el ciclo más largo de la reforma que Mayer llama «del Chino al Chino» (entiéndase de Velasco a Fujimori), y que nos sugiere más continuidades que rupturas. Aunque el libro ya no nos cuenta estos cuentos feos más recientes, nos insinúa, en varios de los capítulos, la forma que tomará el campo —que arrastra contradicciones y heridas que siguen abiertas—. Con la transformación que implicó el régimen fujimorista, se abren nuevas vetas de estudio: agroindustria, desorden de la titulación, tráfico de tierras, etc. ¿Cuánto de la historia de la reforma explica la manera en que hoy en día surgen los «nuevos barones del azúcar» (CEPES 2013), o la forma que toman los nuevos latifundios costeños —sembrados ya no con algodón sino con caña para producción de etanol—? ¿Cómo la vieja historia de la reforma se revive y resignifica en el imaginario comunero de la costa norte y sus eriazos hoy en manos de empresarios y corporaciones privadas? ¿Qué sectores se beneficiaron finalmente al interior de las comunidades que se apropiaron de parte importante de las tierras de las SAIS? ¿Qué forma van tomando las relaciones alrededor de la tierra en las comunidades altoandinas donde avanza la minería? Esta es la nueva historia que aún hace falta contar.

Mis dos Cuentos preferidos son sin duda el de los terratenientes —que deja ver todo el universo simbólico del hacendado— y el de la Cooperativa Túpac

Amaru II («Mashu Asnu cooperativa») en la Pampa de Anta —donde me parece que se deslizan algunos de los temas centrales de nuestra historia rural y sus actores—. El primero reconstruye el universo simbólico del prestigio del hacendado, su control sobre las personas y los cuerpos; pero también, recoge la ambigüedad, el paternalismo, el miedo. El mundo de la hacienda se presenta como un universo con sus propias representaciones del espacio y como una forma de control territorial; lejos de ser solo una gran propiedad —y coincidiendo allí con las ideas de Bourricaud (1962) o de Favre (1967)—, la hacienda no es la tierra, sino un «lugar» definido por relaciones de dominación, de control del espacio, físico y simbólico, con un conjunto de mecanismos de regulación —desde los linderos, el monopolio del comercio hasta los castigos y rituales— que actúan como dispositivos de gobierno. En el segundo, Mayer nos muestra el complejo recorrido de una gran cooperativa frente a las presiones de los comuneros; en el medio se entretajan las historias de dirigentes campesinos y se puede ver aparecer como actores claves de la época a las federaciones agrarias y las bases departamentales de la CCP, con sus tensiones internas. Poco es lo que se ha estudiado luego sobre estas organizaciones; los archivos se están perdiendo (salvo algunos aislados loables esfuerzos de recuperación) y las memorias también.

Una de las grandes preguntas que se desprende de lo anterior es a dónde fue a parar ese movimiento campesino. ¿Porqué luego de esos años —de tomas de tierra y alianzas entre partidos de izquierda y gremios campesinos (aunque su origen haya sido por intereses mutuos muy concretos y no por afinidades ideológicas)— no se articuló un movimiento fuerte? ¿Cómo este proceso se vio afectado por la propia izquierda y sus divisiones? ¿Porqué los cientos de sindicatos agrarios y federaciones campesinas desaparecen? ¿Fue acaso el fujimorismo quien da el golpe final? En el libro, algunas de estas interrogantes aparecen, pero son tratadas un poco al margen y esto sí extraño en los *cuentos* que elige Mayer. Por ejemplo, me gustaría encontrar una discusión sobre el efecto que tuvo la reforma en estas organizaciones que el velasquismo terminó debilitando, sobre todo en la sierra centro y sur del país. Del conjunto de *cuentos* se desprende que el movimiento campesino se habría visto fortalecido en los años de la reforma, pero luego no se convierte en un actor político con mayor

presencia en la sociedad nacional. No se explora mucho, sin embargo, en torno a las razones ni las trayectorias. Como cita Rénique (2004), los sueños de los dirigentes históricos avizoraban que las tomas en Anta (justamente) darían lugar a «nuevas formas de organización revolucionaria», pero estos se diluyeron en el tiempo (Asamblea de la CCP en 1977, citada por Rénique 2004: 203). Si bien Mayer rescata narraciones locales de estas historias de fracasos, se extraña una mirada más crítica del tema, la cual vaya más allá de los *cuentos* y los hilvane en una reflexión nacional.

Tal vez un asunto que me cuestiona, y que no veo del todo claro como una de las líneas de reflexión en el texto, es el del tratamiento de los campesinos indígenas por parte del gobierno militar, el cual no se escapó de la mirada romántica bienintencionada de los indigenistas predecesores. El caso de la ex hacienda y comunidad indígena de Huallanay, narrado por el historiador Ricardo Caro, es un buen ejemplo de ello. Estos comuneros, quienes años antes habían tomado justicia por sus propias manos contra los abusos de la hacienda y sus mayordomos, son finalmente traídos a Lima por el régimen velasquista como símbolo de la revolución; sin embargo, son tratados y expuestos en la prensa nacional bajo una retórica traducida en imágenes no solo románticas sino paternas: los indígenas ven el mar por primera vez, ven sorprendidos la televisión, acarician emocionados a animales nunca antes vistos en su paseo por el zoológico y, finalmente, aparecen en la prensa encabezando la gran marcha de apoyo al régimen en el año 1974.¹ *¿Era este el sujeto político para el proyecto revolucionario?*, se pregunta Caro. Sobran las palabras. El complejo tema de la manera en que tanto el gobierno como los propios cuadros de SINAMOS y dirigentes políticos de izquierda tratan, por así decirlo, «el problema del indio», es cuando menos un tema para el debate que no se desprende de los *cuentos*, más centrados en reconstruir las historias compartidas sobre la reforma, sus anhelos y fracasos.

Finalmente, quiero referirme a las trayectorias de quienes fueran los hijos y nietos de la Reforma Agraria. La

lectura de los *Cuentos feos* nos deja una serie de preguntas y sensaciones. Es cierto, como enfatiza Mayer, que la reforma acabó con un régimen de explotación y con la hacienda tradicional, pero los *cuentos* sugieren también el inicio de la parcelación, que no tendría final, y la crisis conflictiva de las empresas asociativas, sumada a la aparición de Sendero Luminoso; un final o un futuro negro. Ahora, se hace necesario escribir sobre esas trayectorias que siguieron los hijos de la reforma, los que pudieron educar a sus hijos y los que no. Los excooperativistas, hoy minifundistas costeños, que empiezan a tejer nuevas historias frente a las agroindustrias que avanzan sobre el desierto; sobre los comuneros de las comunidades altoandinas que además de sus parcelas familiares aún tienen acceso a zonas comunales y mantienen formas colectivas de gestión de recursos; o sobre los efectos del Proyecto Especial de Titulación de Tierras, que inicia Fujimori en las tierras comunales —que ya es un cuento feo, aunque aún debe escribirse—. Este cuento, el de la titulación de tierras, que tiene sentidos comunes ya formados, empieza un nuevo capítulo desde hace unos años: cuando los títulos —que en años pasados no tenían tanta importancia real— adquieren un valor más que simbólico, muy concreto. Ello ocurre porque algunas tierras comunales nunca tituladas han sido vendidas en los últimos años por malos dirigentes a empresarios privados (que sí se han registrado como propietarios en registros públicos), y hoy en día, en un contexto de presión sobre la tierra y el agua, ello le juega en contra a los comuneros. Comuneros que, como en el caso de la costa norte, deben desplazarse hacia nuevos espacios más alejados del río y más seguros. Así, se encuentran de pronto con que estas tierras (en principio, suyas) tienen nuevos dueños con seguridad armada y abogados listos para denunciarlos por usurpación. Estas nuevas historias recién están tomando forma.

Nos falta aún analizar y escribir sobre la forma que tomaron las distintas sociedades regionales después de la reforma y, en buena medida, por efecto de ella. Como el mismo Mayer sugiere, el balance completo de la Reforma Agraria aún está por escribirse.

1 Esta idea —y sus imágenes— fueron planteadas por el sociólogo e historiador Ricardo Caro en una reciente Mesa Verde llevada a cabo en el IEP (setiembre 2017).